

PAPÁ NO ES UN EXTRATERRESTRE



© Luis Miguel Aguas Vanin, 2020

© Ilustraciones de portada e interiores: Paula Carvajal, 2020

© Editorial Planeta Colombiana S.A., 2020

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

www.planetalector.com.co

Primera edición en Colombia: septiembre de 2020

ISBN 13: 978-958-42-9037-3

ISBN 10: 958-42-9037-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

PAPÁ NO ES UN EXTRATERRESTRE

Luis Miguel Aguas Vanin

ILUSTRACIONES DE **Paula Carvajal**





PARTE I

EL MUNDANAL RUIDO





1

LA CORNETA DEL SILENCIO



A papá lo contrató el gobierno para que arreglara el tráfico de las calles de la ciudad. Él es ingeniero de profesión, pero mamá dice que no es más que un policía de tránsito.

—¡Qué otra cosa puede ser! —dice ella divertida, cuando le pregunto a él por su trabajo—. ¿No ves que es feliz parado en las esquinas, cazando infractores con ese condenado aparato que inventó?

Y es verdad. Papá es un hombre feliz desde que trabaja en la oficina de tránsito. Antes era el ser más agrio del mundo. Vivía enojado todo el tiempo. Cuando regresaba a casa del trabajo, en las noches,

llegaba furioso, echando pestes sobre el tráfico. Y si por casualidad algún vecino ponía algo de música, a un volumen suficientemente alto como para que se escuchara en nuestro apartamento... ¡Tráganos tierra! Enrojecía de la ira, los ojos se le brotaban y juro que le salía humo por las orejas, como en las caricaturas.

Mi papá ama la música, pero dice que uno no debe molestar a los demás; cada quien tiene derecho a escuchar la música que desea, pero no puede obligar a nadie a oírla. Todos tenemos también derecho al silencio.

Era peor cuando conducía. No le podíamos ni hablar. Se transformaba en un horrible ogro. Ponía cara de palo y susurraba palabrotas. Decía que odiaba a los conductores indisciplinados que no respetaban las normas de tránsito.

Un sábado en la tarde estábamos entretenidos con un juego de mesa cuando empezamos a oír los gritos de doña Berta, la vecina del apartamento de al lado. Como siempre, peleaba con su marido por cualquier tontería. Mamá apenas murmuró algo sobre la suerte del pobre hombre, pero a papá le cambió la cara. La alegría desapareció de su rostro y se puso serio. Al poco rato sonó el estéreo de los Contreras, los vecinos de la casa de enfrente de nuestro edificio. Papá no soportó más. Se levantó de la mesa y se metió en su estudio-taller hasta la medianoche.

A la mañana siguiente volvió a encerrarse desde temprano. Mamá lo fue a buscar para el desayuno, luego al mediodía y después para la cena, pero él no quiso atenderla. Solo cuando ella empezó a regañarlo, como lo hace conmigo para que coma, accedió a que le llevaran algo. Cuando entramos en el estudio-taller con la comida, mamá se dio cuenta de la gravedad de la situación. Había un enorme desorden. Los tableros estaban llenos de garabatos raros y había cientos de herramientas tiradas en el suelo. Papá tenía puesta su máscara de soldadura y estaba muy concentrado.

—Parece estar trabajando en algo muy importante —me dijo ella—. Será mejor que no lo molestemos.

El lunes no fue a trabajar. Tampoco el martes. Cuando llamaron de la oficina para preguntar si estaba enfermo, mandó a decir que renunciaba, que no iba a salir de su taller hasta encontrar la manera de acabar con tanto ruido.

Desapareció durante meses. Apenas si lo veíamos. Mamá, en la madrugada, cuando él decidía acostarse. Yo, en las mañanas, a mi partida para el colegio, y en las noches cuando me iba a dormir; nunca dejó de darme el beso de despedida. A las horas de la comida, le dejábamos una bandeja en la puerta del estudio, que recogíamos después con las sobras.

Un día salió del estudio-taller con algo que parecía una corneta. Fue directo a la sala. Encendió

nuestro equipo de sonido y subió el volumen. Sonaba muy alto, como nunca se había escuchado en mi casa. Papá se retiró un poco, le apuntó con la corneta y... silencio... quedó mudo. El aparato seguía prendido, con el volumen al máximo, pero no emitía sonido.

Papá empezó a saltar de alegría. Me abrazó y me levantó del suelo.

—Lo encontré —dijo, con los ojos brillantes de emoción.

Me dejó y siguió dando saltos por todo el apartamento.

—Espero que esta noche te acuestes temprano —le dijo mi mamá, a quien también le brillaban los ojos.

—Después de arreglar una cuenta pendiente que tengo con mis vecinos —contestó él.

Papá se sentó en el sillón a esperar. Era viernes. Estaba seguro de que los Contreras iban a celebrar la llegada del fin de semana, como de costumbre, con música a todo dar.

Encendieron la fiesta temprano. Papá los dejó disfrutar un rato. Después de un par de canciones, se levantó, se acercó a la ventana, apuntó con su corneta y... silencio.

Durante un rato se escuchó en la calle la algarrabía de la gente que salía de la casa de los Contreras. Desconcertados, clamaban que el estéreo les había aguado la fiesta y proponían planes alternativos para pasar la noche.

Con una sonrisa burlona en el rostro, papá observaba la escena desde la ventana de la sala de nuestro apartamento.

—Falta una —dijo, y se sentó de nuevo en el sillón.

Poco después, la voz chillona de doña Berta se dejó oír en el pasillo, fuera del apartamento.

—¡Ya te he dicho que no me gusta esperar! —vociferaba mientras entraba en su hogar—. ¡No sé por qué siempre tengo que repetirme una y otra vez...!

Papá fue a la cocina, donde había una ventana desde la cual se divisaba el interior de la cocina vecina. Con la luz apagada, esperó. Doña Berta entró en su cocina, todavía alegando, detrás de don Esteban, su marido, quien cargaba los paquetes de compras del supermercado. Papá apuntó con su corneta y... silencio.

Doña Berta se quedó estática. Sorprendida, intentó decir algunas palabras, luego trató de gritar, pero no pudo; ningún sonido salió de su boca. Con angustia, se llevó las manos a la garganta. Hablaba, pero nada se le oía.

Don Esteban dejó los paquetes sobre el mesón y se acercó a ella, entre confundido y preocupado. No sabía qué hacer. Le dio agua, pero nada. Ella seguía gesticulando con desespero. Don Esteban la abrazó para tratar de calmarla. A pesar de la constante cantaleta, él amaba a su esposa y no le gustaba que ella sufriera.

—Por fin una noche en paz —dijo papá.

Bostezó, me dio el beso de buenas noches y se fue a dormir.



2

TRISTES CONSECUENCIAS



Don Eliécer Contreras, el vecino de la casa de enfrente, solía aprovechar la mañana del sábado para lavar su auto. Iniciaba la faena a eso de las nueve de la mañana y terminaba pasado el mediodía. Claro está, siempre amenizaba su tarea con la música del potente estéreo de su vehículo.

Apenas oyó el estruendo de la música, papá saltó de la cama. Tomó su corneta y se acercó a la ventana. Vio a don Eliécer que, en pantalón corto y chancletas, rociaba agua sobre su coche al compás de la canción de moda. La música cesó de repente. Don Eliécer soltó la manguera y corrió hacia el interior del carro.

—Pero ¿qué pasa? —le oímos gritar enfurecido—. ¿Por qué esto no suena?

Don Eliécer estuvo hasta el final de la tarde tratando de componer el estéreo de su automóvil. Papá lo observaba de tanto en tanto desde la ventana. De vez en cuando don Eliécer soltaba alguna palabrota. Entonces papá decía con cierta burla y malicia:

—Sigue así y te dejo mudo como a doña Berta.

El lunes en la mañana, Jorge Contreras, el hijo de don Eliécer, me dijo, de camino al colegio, que a su papá se le habían dañado los estéreos de la casa y del carro casi al mismo tiempo y que estaba furioso; que pasó el fin de semana intentando arreglarlos, pero que no entendía qué pasaba con ellos: todo parecía estar bien, pero no sonaban.

Ese mismo día, en la tarde, mamá se encontró en la puerta del edificio con don Esteban. Él le dijo que había llevado a su esposa al hospital, por la afonía repentina que había sufrido, pero que los médicos no habían encontrado nada malo y no podían explicar las causas del malestar. También le dijo que estaba preocupado porque le habían ordenado unos exámenes especiales para averiguar si era algún tipo de cáncer. Pero lo que más extrañaba a todos era que ella no sentía ningún dolor.

Don Esteban le confesó que al principio se sintió encantado con el suceso y que tuvo un sábado en paz por primera vez en muchos años. Sin embargo, al ver a su esposa tan asustada, dejó de ser gracioso.

El domingo fueron a la iglesia a rezar para que no fuera algo grave y por la pronta recuperación de la voz.

—Doctora Martha, ¿me haría usted el favor de darle una miradita? —le rogó don Esteban a mamá.

—Con mucho gusto, don Esteban, pero espere-mos a que salgan los resultados de los exámenes.

Al subir al apartamento, mamá, quien no estaba muy de acuerdo con el actuar de papá, lo recriminó duramente.

—Mario —le dijo—, no puedes pretender dejar a esa pobre mujer toda la vida sin habla. Eso no está bien.

Papá trató de discutir, pero ella no lo dejó.

—¡Me haces el favor de devolverle la voz a doña Berta de inmediato! —le ordenó.

Papá se sonrojó y apenado contestó:

—Me gustaría, Martha, pero no sé cómo hacerlo.

—¡¿Qué?! —gritó mamá.

—Es que trabajé en cómo absorber el sonido de las cosas, pero aún no he investigado cómo devolverlo, ni siquiera sé a dónde va cuando lo atrapo.

—Es decir que tampoco sabes cómo arreglar el estéreo.

—No...

—Pues me haces el favor de volver a tu estudio. ¡Y no salgas de ahí hasta que no hayas averiguado cómo devolverle la voz a doña Berta!

Papá obedeció y se dirigió a su taller como un perrito regañado con la cabeza baja y la cola entre las piernas.

Tres días más tarde salió del estudio y fue hacia nuestro equipo de sonido. Lo encendió, apretó el botón del volumen para subirlo, se retiró un poco, apuntó con su corneta y... nada. Silencio. El estéreo seguía mudo. Papá se aseguró de que todo estuviera en orden. Puso un disco y lo intentó de nuevo, pero no logró nada. Desilusionado, volvió a encerrarse en su taller.



3

EL BULLICIO CONTRAATAACA



Mientras papá buscaba la manera de devolver la voz a doña Berta, tuvo que librar una dura batalla contra el espíritu fiestero de don Eliécer y su familia.

El combate se desató pocos días después del incidente. Una tarde, la tranquilidad del vecindario fue brutalmente alterada por el profundo retumbar de los bajos del nuevo y aún más potente estéreo del auto don Eliécer. El estruendo comenzó a escucharse antes de que el carro apareciera en la distancia. Fue su manera de anunciar su ofensiva contra el silencio y el infortunio.

El ataque tomó a papá por sorpresa. Evidentemente no esperaba una reacción tan rápida de su enemigo. Él había desbaratado su corneta para modificarla y no alcanzó a reconstruirla a tiempo para emprender su defensa. Cuando llegó a la ventana, don Eliécer ya había apagado el radio y se bajaba del vehículo.

Al día siguiente fue el equipo de sonido doméstico. A eso de las once de la mañana llegó a casa de los Contreras un camión para hacer entrega de un potentísimo aparato estereofónico, equipado con un completo sistema de altavoces de todos los tamaños y formas. Lo último en tecnología, según me dijo Jorge.

Papá no tuvo ninguna oportunidad. Cuando la música comenzó a estremecer los vidrios de las ventanas de nuestro apartamento, la corneta mágica yacía esparcida en mil pedazos sobre la mesa de trabajo del estudio-taller.

Papá no tuvo más remedio que sufrir su momentánea derrota, mientras los Contreras disfrutaban del bullicio, día tras día. Parecían fieras hambrientas de venganza. Cada mañana, despertábamos con el rugido del estéreo del carro, cuando don Eliécer salía para su trabajo. Luego, doña Laura, su esposa, aturdía los alrededores con las voces de los intérpretes más aclamados de la balada. En la tarde, Jorge servía de abre bocas para el remate nocturno a manos de su padre.

Y el sábado...

Papá tenía que hacer enormes esfuerzos para contener su ira, con la única esperanza de encontrar pronto la solución a su problema.

Después de varias semanas y múltiples ensayos fallidos, papá halló la respuesta. De inmediato fue a hablar con mamá. Le dijo que él accedía a devolverle la voz a doña Berta si mamá le ayudaba con un plan que había ideado para que nuestra vecina nunca volviera a gritarle a su esposo.

Mamá escuchó atentamente el plan de papá y aceptó ayudarlo.



